

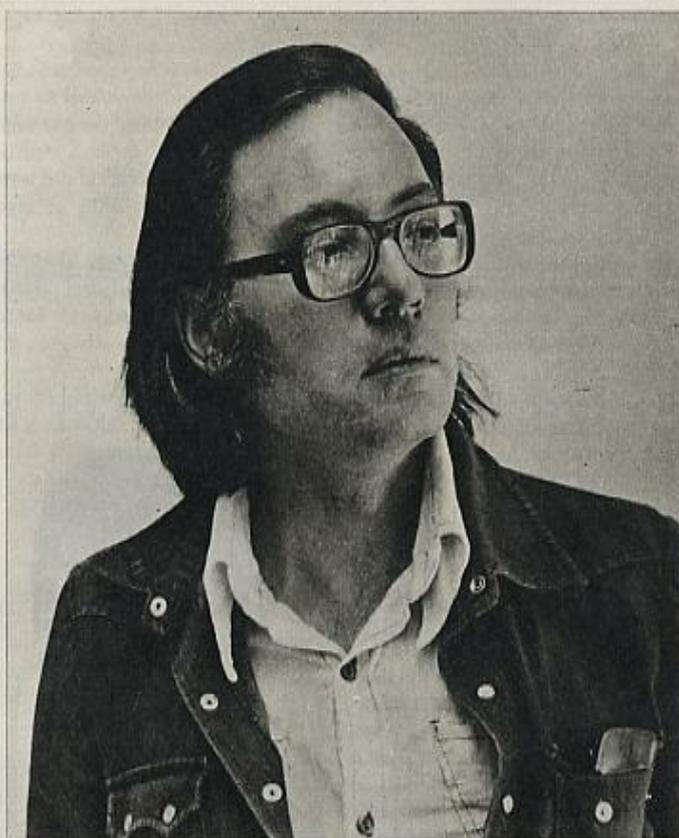
Francisco Umbral, Premio Nadal

Francisco Umbral hace entrega de sí mismo diariamente en este género tan fugaz y tan generoso que es el artículo. Umbral escribe artículos para todos, para diarios y semanarios, para publicaciones "serias" y para publicaciones de humor, para la prensa del pensamiento y para la del corazón. Umbral es el "articulista", como en su día lo fue González Ruano (parecía obligada la referencia). Es en este tipo de periodismo un maestro ya. Pero los árboles —los artículos diarios, ¿cuántos?, ¿dos, tres, cuatro?— no deben ocultar el bosque umbraliano, hecho también de narraciones, de novelas ("Travesía de Madrid", "El Giocondo", "Si hubiéramos sabido que el amor era eso"...). Ahora, al premiar el Nadal "Las ninfas", de Umbral, se reconoce al narrador que hay también en este escritor que ha querido serlo y ser sólo eso, con todos los riesgos que supone hacer del artículo diario el salario único, el pan suyo de cada día.

A continuación publicamos una autosemblanza del nuevo Nadal, la mejor presentación que podríamos hacer de nuestro compañero Umbral.

Elogio de mi nariz

A mí lo que me ha salvado ha sido la nariz, porque con una nariz un poco más pequeña habría sido incluso guapo, y entonces me habría dedicado directa y absolutamente al cachondeo, al lígüe y hasta puede que al macarrismo, con lo cual me habría perdido de participar en las categorías superiores de la Historia y en la marcha dialéctica de los tiempos, que fue un tren que me cogió en seguida en sus caminos de hierro del Norte de Europa, cuando uno era muy joven y dudaba en todos los andenes de la vida entre Hegel y Nietzsche. Pero ya no tiene remedio y gracias a Hegel, que también tenía la nariz un poco demasiado grande, estamos aquí, dispuestos a reducir la tesis mediante la antítesis, y la antítesis mediante la síntesis, caiga quien caiga.



De pequeño, claro, me acompañaba un poco mi nariz, y pensaba que cuando fuera mayor y tuviese dinero me la operaría, como las señoritas pianistas de mi pequeña ciudad, que luego daban los conciertos con la nariz operada, y sus narices obtenían enormes éxitos de público y crítica en los ecos de sociedad. A estas alturas, cuando he tenido la oportunidad y el dinero necesarios para operarme la nariz, he optado por operarme otras cosas de más urgencia e higiene, como las amígdalas, pues los pobres no tenemos dinero más que para una operación en la vida (máxime cuando no estamos en el seguro) y no hay más remedio que sacrificar el apéndice, el bazo, la nariz, las amígdalas o la hernia. Todo no puede operarse.

De modo que me quedé con mi nariz, y siempre he pensado que si a pesar de la nariz, o gracias a la nariz, he llegado donde he llegado (prácticamente a ningún sitio, como Groucho), quiere decirse que la Humanidad y el Régimen han soportado mi nariz durante cuarenta años, así que por qué no van a seguir soportándola, ahora precisamente que el Régimen parece dispuesto incluso a soportar la nariz de Camacho, que por cierto la tiene muy correcta, e incluso la de Carrillo, que no es un modelo de nariz helénica, pero sí es una nariz respetable, salvo que doña

Mónica Plaza —y ella sí que sabe— opine otra cosa y le ponga una moción a la nariz de don Santiago, o incluso una enmienda a la totalidad de la nariz.

Mi nariz heterodoxa, pues, me ha salvado de caer en mayores conformismos y reaccionarismos de señorita pianista de provincias, y pienso que la clave de mis posibles puestas al margen, salidas de tono, críticas no constructivas al sistema, heterodoxias en general y santas cruzadas por los malditos, los marginados, los lumpen y hasta los sarasates está en mi nariz, en el revanchismo y la insatisfacción del que no está contento con su nariz, pues si Kierkegaard edificó el existencialismo a partir de su chepa, yo he edificado una obra disconforme, desigual, más crítica ya que lírica, más fugitiva que apolínea, entre furtiva y dinostaca, una obra fragmentaria donde trata de cumplirse el principio hegeliano (aunque pudorosamente) de que cuando una cosa se ha desarrollado suficientemente, tiende a dividirse en dos mitades, la una estática y la otra dinámica, germen de nuevas construcciones. Esta mitad dinámica de las cosas, esa segmentación autocrítica puede que sea la ironía.

Por otra parte, si esta disconformidad nupial ha hecho de mí un crítico constructivo del orden que padecemos, mi nariz resulta

que sí tiene una cualidad, de acuerdo con su tamaño un punto exagerado, y es que es una nariz que huele y olfatea mucho, como la de Cyrano, pero sin espada, que aquí sigo de objetor de conciencia. Me he pasado la mitad de la vida oliendo los perfumes atardecidos de las mujeres que me gustaban, con este olfato poderoso que tengo, y me he pasado la otra mitad olfateando líos, matesas, contubernios de la derecha, que también los hay; censuras, inquisiciones, injusticias, burlas, mentiras, miedos, fraudes, emboscadas saduceas y enanos infiltrados del otro lado, que al otro lado sí que hay enanos, de modo que la teoría crítica que Adorno llevaba por dentro, yo la llevo por fuera, de la pituitaria en adelante, y lo que mis exegetas llaman mi sentido crítico no es sino la actividad olfativa e incansable de mi nariz, que no es que sea sagaz, pero es audaz y está oliendo siempre para saber lo que se guisa, que me parece, por cierto, que en estos momentos, en el país, no se guisa nada bueno. ■ FRANCISCO UMBRAL.

Una lógica del sinsentido

Si abrir un libro es siempre aventurado —pues nos hace penetrar en una realidad ajena—, la lectura de cualquiera de los escritos de Fernando Savater es una doble aventura: su pensamiento es tan rico en sugerencias, tan alejado de cualquier convención, tan depurado y comprensible su estilo, que el lector curioso —y es condición imprescindible la curiosidad para ser lector— se ve inmerso en un auténtico País de las Maravillas que, acaba por descubrir, no es otro que este mundo en que vivimos.

"De los Dioses y del Mundo" (1) es el título de último opúsculo de Savater, que él define como "catecismo escéptico, manifiesto ambiguo y panfleto vacilante". No cabía esperar otra cosa de quien rechaza todo sistema, de quien se coloca voluntariamente fuera del Sistema aun a riesgo de perder esa necesaria ilusión que los hombres llaman cordura. Se trata, en realidad, de un ensayo, en el sentido más puro de la palabra: no pretende sentar cátedra ni levantar complicados andamia-

(1) "De los Dioses y del Mundo". Editado por Fernando Torres en la Colección "Interdisciplinar".